Globethics Repository

Año de reconciliación y conflictos eclesiales [Year of reconciliation and ecclesial conflict]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Perea, Joaquín
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-06 09:05:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/223771

AÑO DE RECONCILIACION Y CONFLICTOS ECLESIALES

EL FENOMENO VIVO DE CREER Y LA CATEQUETICA

LAS DOS DIMENSIONES DEL HECHO RELIGIOSO

LA PRIMERA INTERNACIONAL ¿ENEMIGA DE LA RELIGION?

SOBRE LA NECESARIA LIBERTAD EN LA PREDICACION EVANGELICA

PASTORAL AMERICANA, HOY

54

1974

Iglesia, mundo reconciliado y reconciliador

IGLESIA VIVA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

IGLESIA
VIVA

Iglesia, mundo reconciliado y reconciliador

IGLESIA VIVA

Núm. 54, Noviembre - diciembre 1974

	Página
PRESENTACION	493
ESTUDIOS:	
Año de reconciliación y conflictos eclesiales. Por **Joaquín Perea**	495
El fenómeno vivo de creer y la catequética. Por **Julián Ruiz Díaz**	523
Las dos dimensiones del hecho religioso. Por **Vicente Hernández**	537
NOTAS:	
La Primera Internacional, ¿enemiga de la religión? Por **Víctor Manuel Arbeloa**	553
Sobre la necesaria libertad en la predicación evangélica. Por **Manuel de Unciti**	569
Pastoral americana, hoy. Por **Aurelio Orensanz**	577
LIBROS: Recensiones	585
LIBROS RECIBIDOS	587
INDICE GENERAL DEL AÑO	589

La fecha de 1975 arrastra, siguiendo una tradición, la celebración de un Año Santo. Esta vez el mojón del cuarto de siglo ha venido a coincidir con una coyuntura histórica muy poco apta para que la atención de las gentes se centre en Roma. No hay duda que estará más atenta la gente, incluso la de Roma, a la marcha de la Bolsa, de la inflación, del desempleo, etc.

A pesar de todo el Año Santo se celebra y lanza un slogan: *la Reconciliación. El tema lleva ya algún tiempo rodando, y de la ambigüedad que encierra nos hemos ocupado ya en otro número del presente año (1). Sin embargo no deja de ser una ocasión para insistir en una reflexión eclesial, a la que invita especialmente la Exhortación Apostólica de Pablo VI del 8 de diciembre último (2). Es un texto cargado de preocupación, muy duro por las denuncias demasiado genéricas a los atentados a la fe y a la unidad desde dentro de la Iglesia, que por lo menos es sintomático del momento tan poco triunfalista con que empieza la etapa romana de este Año Santo.*

De este documento, y del trabajo fundamental de este número, el de JOAQUIN PEREA, hemos sacado el título general: La Iglesia, mundo reconciliado y reconciliador. *La Iglesia es mundo y sufre desde dentro las mismas crisis de nuestro mundo. La reconciliación debe ser signo mesiánico que ha de aparecer primero en el interior de la Iglesia. Hasta aquí todos de acuerdo. Los matices, y aquí el interés del trabajo que presentamos, empezarán cuando se trata de la pedagogía de esta reconciliación, los límites del pluralismo, el ejercicio de la autoridad en la Iglesia como ministerio de unidad y reconciliación.*

Para completar el trabajo central de Perea, nos ha parecido útil incluir también el estudio de JULIAN RUIZ, sobre la fenomenología y pedagogía de la fe —una síntesis de un estudio más amplio que nos envió el autor y que no hemos podido incluir íntegramente por falta de espacio—, y el de VICENTE HERNANDEZ, que con perspectiva de milenios y como historiador de la religión puede dar mucha luz sobre uno de los temas que hoy crean más conflicto entre las diversas tendencias: la tensión entre trascendencia e inmanencia, que como él demuestra no es asimilable a la de

(1) **Ricardo Alberdi:** «La reconciliación: entre la evasión y el escepticismo», En Iglesia Viva, núm. 50, marzo-abril 1974.

(2) «O. R.», 16-17 diciembre 1974. «Ecclesia», 4 enero 1975.

religiosidad o irreligiosidad, sino tensión esencial en el interior de cualquier concreción histórica religiosa.

Tres notas completan el número que hoy presentamos. VICTOR MANUEL ARBELOA nos ofrece un fruto más de su constante buceo en nuestra reciente historia. Esta nota puede leerse útilmente como complemento de nuestro último número sobre «Cristianos por el Socialismo», para el que no le quedó espacio. MANUEL UNCITI sustituye hoy su habitual crónica por un comentario a la nota de los Obispos de San Sebastián sobre la predicación de los sacerdotes, que tanta cola tuvo. Es un texto importante, al que se le ha hecho decir lo que no dice, y que requería un comentario especial. Finalmente incluimos una reflexión sobre la pastoral americana que nos ha enviado AURELIO ORENSANZ, y que demuestra en un ejemplo concreto hasta qué punto la Iglesia es mundo, y mundo concreto en cada parte, que reproduce en su misma organización pastoral las circunstancias históricas, las contradicciones o los anacronismos de la sociedad en la que viven los creyentes.

NOTA DE LA ADMINISTRACION

Con este número acaba la suscripción del año 1974.

Contamos con que nuestros actuales suscriptores, si no nos manifiestan lo contrario, desean continuar con la suscripción en 1975. A pesar de que todo sube, como homenaje a ellos y confiando en su colaboración para difundir más la revista, hemos conservado para 1975 el mismo precio que en 1974.

Algunos han enviado ya el dinero de la suscripción (mínimo, 450 pesetas; máximo, ...) por giro o cheque. Otros piden que se envíe un recibo a través de un banco (1).

Los que no quieran emplear alguno de estos medios, recibirán en la segunda quincena de febrero el n.º 55 contra reembolso **del precio de suscripción. Rogamos estén atentos a él, para evitar devoluciones y gastos.**

Volvemos con este número a incluir una tarjeta de pedido. **Pueden emplearla para conseguir** una nueva suscripción. **El futuro de la revista está en que aumente considerablemente el número de suscriptores. Sólo así la podremos sostener y mejorar sin subir el precio. También pueden enviar nuestros amigos, como otros años, direcciones de personas a quienes interesaría enviar propaganda.**

(1) Para quienes deseen abonar la suscripción, cargándola en su cuenta bancaria, se adjunta una **tarjeta de autorización** que rogamos devuelvan firmada, poniendo los datos que en ella se especifican.

AÑO DE RECONCILIACION Y CONFLICTOS ECLESIALES

Joaquín Perea

"La reconciliación supone una ruptura a la que debemos dar remedio y reparación; supone un desorden, un contraste, una enemistad, una separación, una soledad, una interrupción en la armonía de un plan, el cual exige una integridad, una perfección, que corrija y supere nuestro aislamiento egoísta y establezca, en nosotros y nuestro alrededor, una corriente de amor."

(Pablo VI, Homilía del 17 de octubre de 1973)

El Año Santo de las Iglesias locales no parece haber supuesto entre nosotros un progreso en la añorada reconciliación, sino más bien lo contrario. El mismo cardenal Enrique y Tarancón lo reconocía así en el discurso de apertura de la última Asamblea Plenaria del Episcopado. ¿Quién creerá que la apertura de la puerta santa va a cambiar radicalmente este estado de cosas?

Por nuestra parte queremos aportar algunas reflexiones desde una perspectiva interna a la Iglesia, aunque bien difícil resulta distinguir aquélla de la perspectiva de reconciliación cívica y social. Algunas ideas no son nuevas y, desde otro punto de vista, fueron abordadas por nuestra publicación en el número sobre el plura-

lismo. De todas formas, creemos que el conjunto puede prestar un servicio a nuestros lectores en el actual momento eclesial y social.

I. CONFLICTOS EN EL SENO DE LA MISMA IGLESIA

Los fenómenos de falta de reconciliación que observamos en nuestra sociedad tienen una honda repercusión en la comunidad eclesial.

No es extraño que esto le suceda a la Iglesia. Porque, siendo una comunidad de hombres, está condicionada por la historia humana en todas sus manifestaciones e incluso en sus elementos constitutivos y esenciales. La Iglesia nunca debe considerarse despegada de los hombres: ella se realiza, se verifica de continuo en la historia única de los hombres.

Al ser una realidad humana, históricamente situada, sufre el contragolpe de las mutaciones sociológicas y las revoluciones culturales. Los problemas decisivos que padece la Iglesia se encuentran paralelamente en el mundo. La Iglesia sufre actualmente el impacto de la violenta transformación de la sociedad que provoca en el interior de la vida eclesial una serie de mutaciones aceleradas. La ruptura de la sociedad humana en grupos opuestos, el conflicto de generaciones, la lucha de clases, el afrontamiento de ideologías, el desafío de pueblos y nacionalidades, tiene una honda repercusión en la comunidad creyente.

Por tanto, una reflexión seria sobre el estado presente de la Iglesia debe hacerse solidariamente con la reflexión sobre la situación de conflicto que vive la sociedad y el mundo.

Muchas de las lagunas que achacamos a la Iglesia no son específicamente suyas, sino manifestación de su pertenencia a este mundo.

Es que los cristianos, los miembros de la Iglesia, nos hemos preguntado seriamente, sobre todo a partir del Concilio:

¿Quién es la Iglesia en este mundo al cual debe anunciar la Palabra salvadora?

Al ver que la Palabra del Señor no es hoy escuchada por muchos, al querer ser testigos de Jesucristo en el mundo, al querer purificar a la Iglesia y a su Palabra de todas las caricaturas, es lógico que en el pueblo de Dios se plantee la necesidad de convertirse en fermento del mundo.

Para que se realice el plan salvador de Dios en un mundo liberado de sus alienaciones, la relación de la Iglesia y el mundo deja de ser pensada y vivida como un estar cara a cara: la relación, de contraria o tangencial que era, se convierte en involutiva. La Iglesia no es otra cosa sino la humanidad en cuanto consciente de la salvación recibida en Jesucristo.

No es, pues, extraño que la situación conflictiva de la sociedad conlleve situaciones semejantes en el interior de la Iglesia. La comunidad de creyentes no puede sustraerse a las leyes de funcionamiento de todos los grupos humanos, grandes y pequeños, en los que vive inmersa.

Algunas características de esta situación

La pluralidad de tendencias y grupos se ha agudizado hasta el conflicto. A partir del postconcilio, los conflictos intraeclesiales se han planteado en la comunidad española como un fenómeno nuevo y desconocido hasta ahora.

Inicialmente no se dio importancia a lo que se consideró una mayor riqueza de la Iglesia: la multiplicidad de puntos de vista podía ofrecer un rostro nuevo y más católico de nuestra fe, etc.

Pero la situación se ha endurecido últimamente hasta alcanzar caracteres alarmantes.

Se han creado varias facciones en el interior de la Iglesia, facciones que no dudan en recurrir a la violencia cuando la juzgan necesaria. Violencia que unas veces es clara y llamativa; otras, velada y sutil. Nos encontramos en una situación que no permite una verdadera coexistencia en la tolerancia y el respeto mutuo.

Además, las dos tendencias que siempre se han manifestado en la Iglesia en épocas de cambio (tendencia a mantener posiciones, tendencia a la evolución) se hacen hoy radicales. Unos, que parecen comportarse como "propietarios" de la Iglesia, decididos a "conservarla" eternamente inmutable, consideran la evolución de la Iglesia como una traición. Y es en verdad una traición a la imagen bajo la que la Iglesia se les había presentado. Algunos se resignan ante esta situación y buscan consuelo en los sacerdotes que comparten su estado de espíritu. Otros luchan para oponerse al cambio y atacan a la Iglesia real que está cambiando en nombre de una pretendida fidelidad a la Iglesia tradicional. O se refieren genéricamente a la Tradición entendida de manera muy

fixista. O invocan a los Papas anteriores al Concilio, suerte de recurso supremo para la defensa de sus puntos de vista.

Otros grupos parecen querer una liquidación por derribo, impacientes ante lo que consideran lentísima evolución. Y, entre tanto, se pretende aceptar como eclesial toda tendencia que exprese una vaga aspiración cristiana. Afirman algunos que no pueden aceptar en conciencia todo lo que se profesa oficialmente en la Iglesia y de la forma como se profesa. Esta actitud, que podríamos llamar de "identificación parcial" con la Iglesia ("esta parte la asumo; esta otra la dejo" a diferencia del antiguo axioma "nada quitar, nada poner"), no produce en ellos el sentimiento de faltar a las exigencias de la comunión eclesial. Se consideran "dentro" de la Iglesia a la que quieren ayudar en su reforma y en su caminar hacia una verdad más plena.

Contestación

Es también característica la existencia de grupos que quieren permanecer en la Iglesia, pero adoptando en ella una libertad sin precedentes, en actitud de radical contestación de la autoridad jerárquica. Y no sólo respecto a determinadas formas concretas de ejercicio que podían ser fruto de una época, sino también respecto a algunos de sus elementos esenciales.

Se da una desvalorización cada vez más rápida de instituciones eclesiásticas consideradas como partes integrantes de la Iglesia. Es una contestación global y genérica de las llamadas "estructuras", sin distinción entre las que son debidas a las contingencias históricas y las que son esenciales, de institución divina.

Muchos resortes de la institución jerárquica que permitían en otro tiempo a la autoridad ejercer sus funciones, ya no responden cuando ésta pretende todavía servirse de ellos.

Y cuando los utiliza, peligra a menudo de agravar el mal, en lugar de remediarlo.

Los compromisos temporales

Muchas veces el compromiso temporal tomado por los creyentes les enfrenta a otros creyentes que —en virtud de la misma fe— toman compromisos diferentes. Hay más unión con aquellos grupos sociales o políticos con quienes el creyente se solidariza en su opción social o política que con los creyentes de su propia comu-

nidad. Muchos se preguntan: ¿Es posible vivir comunitariamente la fe, los sacramentos, la eucaristía especialmente, cuando no se comparten las exigencias evangélicas en materia de justicia, promoción humana, participación política, liberación integral?

Algunos se sienten en conflicto con la Iglesia porque ven en ella un freno a la religión misma, es decir, a la búsqueda del rostro auténtico de Dios.

Consideran que la Iglesia no es testigo del Dios que libera. Más bien es un obstáculo a la transparencia de Dios, a causa del peso de sus determinismos sociológicos, de todo su pasado, que aún gravita sobre el presente, de sus ataduras a los poderes del mundo.

Afirman que la Iglesia se muestra ante las masas empobrecidas o marginadas como el puntal del "desorden establecido", como el apoyo más o menos implícito de la injusticia social, al menos por omisión.

Aquí entraría el distanciamiento o desafecto por parte de militantes de movimientos o sacerdotes en relación con ellos, que consideran que "la institución eclesial" no les apoya suficientemente o es un verdadero freno para el compromiso temporal.

Aquí también, las actitudes contestarias de quienes buscan denunciar la caricatura que hoy, a veces, conoce el mundo como rostro de la Iglesia, recreando las condiciones para que pueda entenderse como signo de salvación, para que pueda realizar su función de servicio a los más débiles, defendiendo la verdad, la justicia, la libertad.

Una nueva imagen del ministerio sacerdotal

Uno de los enfrentamientos más decisivos ha surgido con el cambio enorme que se ha producido en la manera de comprender el clero su función ministerial.

La singularidad del conflicto se debe al hecho de plantearlo precisamente los rectores de las comunidades, aquéllos que deberían ejercer más firmemente la función de unificar.

La ruptura y disociación, como actitud límite, ha adoptado formas variadas que no es el caso reseñar, pues son bien conocidas de todos.

Es evidente que los fenómenos propios del clero tienen una gran repercusión en la credibilidad eclesial, dado que los sacer-

dotes "representan" más que los demás a la Iglesia ante los ojos del mundo.

Consciente de esta situación de influjo sobre el conjunto de la comunidad, grupos de sacerdotes han buscado con sus acciones acelerar la renovación eclesial y promover una mayor presencia en los problemas del mundo, remover el posible inmovilismo de ciertas estructuras eclesiales a las que se acusa de anquilosadas, hacer viable una estructura de gobierno eclesial más participado.

Difusión de los conflictos

Lo verdaderamente importante de este momento respecto a épocas pasadas, es que aquellas crisis que antes eran vividas por minorías hoy afectan a la mayoría.

Ningún ambiente, ni comunidad, ni grupo, está al abrigo de esta tormenta.

Y no podía ser de otro modo desde que los conflictos tienen múltiples portavoces, desde que las posiciones se defienden públicamente y pasan al dominio social, desde que las exigencias de la contestación ya no se hacen según la antigua norma de reserva, sino que se ofrecen en la medida de lo posible a órganos de difusión.

O quienes no gozan de acceso normal a los medios de comunicación social, se valen de otros procedimientos clamorosos para llamar la atención sobre sus intenciones o proyectos.

Ideologización

Un rasgo, en relación con el anterior, es la "ideologización" de las respectivas tendencias: se busca más o menos explícitamente, dar un sistema de interpretación global a la realidad eclesial desde un armazón teórico de ideas que, a veces, son expresión inconsciente de intereses particulares. El análisis pormenorizado, tanto del armazón ideológico cuanto de las motivaciones de estos intereses, supondría un espacio que aquí no tenemos.

En resumen, mientras que está en boca de todos el hablar continuamente de la comunidad cristiana, de hecho la armonía entre los creyentes está rota, la unidad desgarrada.

El pluralismo del catolicismo español posconciliar es tan amplio

nidad. Muchos se preguntan: ¿Es posible vivir comunitariamente la fe, los sacramentos, la eucaristía especialmente, cuando no se comparten las exigencias evangélicas en materia de justicia, promoción humana, participación política, liberación integral?

Algunos se sienten en conflicto con la Iglesia porque ven en ella un freno a la religión misma, es decir, a la búsqueda del rostro auténtico de Dios.

Consideran que la Iglesia no es testigo del Dios que libera. Más bien es un obstáculo a la transparencia de Dios, a causa del peso de sus determinismos sociológicos, de todo su pasado, que aún gravita sobre el presente, de sus ataduras a los poderes del mundo.

Afirman que la Iglesia se muestra ante las masas empobrecidas o marginadas como el puntal del "desorden establecido", como el apoyo más o menos implícito de la injusticia social, al menos por omisión.

Aquí entraría el distanciamiento o desafecto por parte de militantes de movimientos o sacerdotes en relación con ellos, que consideran que "la institución eclesial" no les apoya suficientemente o es un verdadero freno para el compromiso temporal.

Aquí también, las actitudes contestarias de quienes buscan denunciar la caricatura que hoy, a veces, conoce el mundo como rostro de la Iglesia, recreando las condiciones para que pueda entenderse como signo de salvación, para que pueda realizar su función de servicio a los más débiles, defendiendo la verdad, la justicia, la libertad.

Una nueva imagen del ministerio sacerdotal

Uno de los enfrentamientos más decisivos ha surgido con el cambio enorme que se ha producido en la manera de comprender el clero su función ministerial.

La singularidad del conflicto se debe al hecho de plantearlo precisamente los rectores de las comunidades, aquéllos que deberían ejercer más firmemente la función de unificar.

La ruptura y disociación, como actitud límite, ha adoptado formas variadas que no es el caso reseñar, pues son bien conocidas de todos.

Es evidente que los fenómenos propios del clero tienen una gran repercusión en la credibilidad eclesial, dado que los sacer-

que bajo la etiqueta de católico caben en nuestro país las posiciones más contradictorias. Fenómeno realmente notable en contraposición a las posiciones sin fisuras de la época preconciliar.

Este pluralismo afecta no ya a aspectos accidentales, sino esenciales de la concepción de la Iglesia: a los objetivos propios de la Iglesia en el momento actual del país. Y como trasfondo de esta disparidad, existen graves diferencias respecto a la naturaleza de la Iglesia y del mismo mensaje cristiano.

Algunas causas de esta situación conflictiva

Sería un error considerar que la causa fundamental de tales fenómenos está en la mala voluntad o las torcidas intenciones de unos o de otros, es decir, de quienes no opinan como nosotros. Ni mucho menos atribuyamos culpa o pecado a ninguno.

Es cierto que el pecado es una realidad siempre presente en la vida del cristiano y que, por tanto, es el fondo de toda esta problemática. A todos, pues, nos corresponderá la conversión.

Pero hay otro tipo de causas que, de manera más inmediata y directa provocan los conflictos que hemos analizado. Quisiéramos señalar dos puntos centrales que pueden ser claves de otras varias causas parciales: las distintas formas de interpretar el mensaje de fe (distintas teologías) y las diversas formas como cada persona o cada grupo realiza en la práctica el compromiso de amor cristiano (distintas "praxis").

a) La teología de los distintos grupos es muy diversa.

Es evidente que unos y otros grupos dan interpretaciones aparentemente contradictorias a verdades tan centrales del mensaje como el hecho de Jesucristo, el misterio de la Iglesia, el sentido de los sacramentos, el contenido de la salvación, etc.

Aun aquellos grupos que explícitamente puedan negar que poseen una determinada teología, la usan implícitamente y, por ello, mucho más difícilmente serán capaces de autocrítica. Todo creyente necesita expresar su fe a través de una teología.

Pero el misterio de Cristo al que nos adherimos en la fe es tan inexhaurible que ninguna expresión humana puede agotarlo.

Lo que hace particularmente grave la situación y dificultosísimo el entendimiento es el que unos y otros confunden ambos niveles: el de la fe y el de su mediación teológica. Con lo cual se da un

fuerte enfrentamiento y una dura contradicción en el seno de la comunidad de fe, entre los distintos grupos, conflicto que, en último análisis, responde a la contradicción de sus teologías.

En el fondo lo que sucede muchas veces es que estas teologías, explícitas o tácitas no son suficientemente críticas consigo mismas, no se revisan y contrastan continuamente y por ello corren el riesgo de convertirse en la justificación de cualquier tipo de proyección, incluso de los intereses más o menos conscientes de individuos o grupos. (La "ideologización" de la que hemos hablado antes).

b) La diversidad de praxis de los grupos cristianos.

Es una evidencia que todo creyente, todo grupo de creyentes, no puede menos de estar comprometido en una praxis temporal.

Y añadamos, como arriba: quien expresamente afirma no estarlo, lo está, aunque no sea más que por lo que deja de hacer, por su evasionismo.

Mientras esta diversidad de praxis se queda en el plano de las afirmaciones de principio, no se plantea ningún problema. El reconocimiento de la legitimidad de opciones distintas en materia de compromiso temporal ha sido nuevamente afirmado por el Concilio (cfr., G. S., 33; 43, 2-3; 92).

Pero el problema comienza cuando las personas y los grupos se comprometen efectivamente en la promoción humana como exigencia de su fe. Las praxis son diferentes entre sí y se oponen a las de otros grupos cristianos: ¡todos, a partir de la misma fe!

Las diferentes praxis dependerán de las diversas estructuras mentales, los intereses más o menos subconscientes, las distintas posibilidades de análisis de la realidad, etc.

La praxis del creyente, analizadora de la realidad desde una determinada experiencia de grupo, con una teoría que la interprete y potencie, con una determinada forma de crítica desde el Evangelio respecto a los sistemas injustos o inhumanos, etc., lleva necesariamente a la pluralidad.

Por vía de ejemplo: ¿Cómo actúan frente al sistema neocapitalista hoy vigente en el país unos u otros grupos de creyentes? ¿Cómo consideran la confesionalidad del Estado cara a la venida del Reino de Dios y su justicia? ¿Cómo pretenden realizar su vocación católica en el enfrentamiento de las minorías culturales o étnicas?, etc.

II. LA IGLESIA, SIGNO DE RECONCILIACION

La situación de irreconciliación que tan graves acentos alcanza en los individuos y en la sociedad constituye una angustiada pregunta lanzada al rostro de la comunidad eclesial: ¿Qué tenéis que decir los creyentes ante tal situación? Y sobre todo, ¿qué aportación eficaz ofrecéis ante esta situación?

Muchos hombres de buena voluntad —incluso no creyentes— trabajan hoy por conseguir un mundo más humano. Con ellos queremos servir y ayudar a la humanidad proponiendo nuestro propio testimonio de servicio a la reconciliación en el mundo.

Nuestra conciencia eclesial ha quedado reflejada en los textos del Concilio Vaticano II: "La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG., 1). "La Iglesia, en virtud de la misión que tiene... de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en signo de aquella fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero" (GS., 92).

No tenemos la pretensión de ser por nosotros mismos más que el resto de los hombres. No tenemos la clave de todo ni la respuesta a todo. También nosotros buscamos a tientas el camino. La única seguridad nos la da el Señor y su Evangelio.

En El, en su nombre, planteamos ante la sociedad actual, introducimos en sus formas de vida un anuncio, una llamada que cuestiona la situación de falta de amor, de falta de verdadera humanidad.

Y, desde dentro de la sociedad misma, no desde fuera, queremos aportar un empuje que promueva la auténtica reconciliación entre los hombres. La conciencia del don recibido de Cristo nos transforma en signo de ese don, nos hace mostrar al mundo dónde se encuentra la reconciliación que él anhela y necesita.

Una comunidad reconciliada consigo misma

La construcción de una comunidad que sea signo de reconciliación para el mundo requiere que encontremos nuestra propia configuración específicamente eclesial, nuestra identidad ante el mundo; y, por tanto, que caminemos hacia una comunidad cris-

tiana menos identificada con las agrupaciones naturales. Las bases de reunión eclesial existentes hasta ahora eran bases sociológicas naturales, como el pueblo, la familia, etc. Pero esta situación, según la cual muchos son "cristianos de nacimiento", desaparece rápidamente.

La comunidad cristiana, en todas sus expresiones, deberá encontrarse más identificada consigo misma como tal comunidad de fe y amor. Esta auto-identificación es imprescindible si queremos presentarnos ante el mundo como signo de reconciliación. Lo cual requiere:

— Que la comunidad se libre de ataduras que falsean su identidad (v. g. connivencias con los poderosos, identificación con cualquier partido, etc.).

— Que en la constitución de la comunidad sea la fe, y no afinidades humanas arbitrarias, lo que nos impulse.

Del seguimiento de Jesús a la comunión eclesial

Lo que hace de los cristianos un "nosotros" de un orden nuevo es que reconocen y aceptan a Jesucristo como Aquel en quien está toda la verdad de Dios y del hombre, como quien da sentido a nuestra pobre historia humana.

Esto debe ser lo peculiar de la comunidad cristiana que, por tanto, no se identifica estrictamente con el pueblo, la nación, la clase, el partido, etc.

A partir de esta adhesión total a Jesucristo hace una comunidad reconciliada y reconciliadora.

Parece, por tanto, que lo decisivo es suscitar comunidades que se propongan como algo absolutamente prioritario el ejercicio de aquello que Jesús consideraba esencial para los miembros de su grupo: el "seguimiento", poniendo su vida por los demás. El rasgo característico de todo grupo cristiano será siempre el amor, la plena disponibilidad para el sacrificio por los otros.

A partir de ahí nacen en los miembros de la Iglesia unos vínculos profundos que son el origen de una concepción solidaria entre los miembros todos de la Iglesia. Es la unión entre personas y grupos distintos que, sin perder lo peculiar de su personalidad, llevan una "existencia-con" los otros.

Esta profunda comunión con los hermanos es el criterio de la comunión con Dios. Ser de la Iglesia de Cristo es entrar en una

red de relaciones humanas nuevas que unen a quienes han recibido el amor, la paz, la reconciliación, que vienen de Jesucristo, lo reconocen y lo celebran, lo viven y manifiestan a los ojos del mundo.

No se trata de una simple agrupación externa, como, v. gr., la que constituye los socios de una sociedad o los conciudadanos de un país. Es algo muy profundo: tan profundo que nuestra unidad debe reflejar la unidad de las personas divinas.

Esta exigencia aparece dificilísima de comprender y realizar hoy, cuando tantas opciones divergentes, tantos enfrentamientos hacen aparecer la comunión eclesial como pura ilusión o como verborrea vacía.

La auténtica comunión

¿Qué puede ser la unanimidad que se nos pide? ¿Simple educación? ¿Olvido de los problemas? ¿Inhibición de las luchas necesarias en el plano político o social para construir un mundo más justo?

Nada de esto puede aceptarse y, por lo mismo, la vida de comunión eclesial no es algo sencillo.

Su perfección vendrá en el futuro, pero hay que tender a ella desde el presente.

Difícil y grave debió ser este problema en las iglesias del tiempo de San Pablo, en Corinto, en Filipos, en Galacia. Pero la superación de las diferencias de raza, de clase, de cultura, en el seno de una comunidad reconciliada, era una exigencia que Pablo proponía como consecuencia necesaria de la unión a Jesucristo (cfr., Ga., 3, 27, s.; 1 C 12, 13; 2 C 9, 12-14).

Esta comunión de todos en Cristo no ha de entenderse como la unidad realizada en una esfera puramente "mística", interior e invisible, en un nivel teórico, sin mordiente sobre la vida real. La comunión no es una realidad vaga, evanescente, sin consistencia. Es una comunión de personas y grupos, es decir, de sujetos concretos, compuestos de cuerpo y espíritu, situados en una historia concreta, condicionados por unas circunstancias sociales determinadas.

Esta comunión no es puro afecto espiritual, sino que se encarna en realizaciones muy concretas. La primera comunidad cristiana une a la disposición interior de unanimidad (Hechos, 2, 46, 4, 32) la distribución de bienes (2, 44-45; 4, 34-35). Y San Pablo llama

comunión a la colecta en favor de los santos de Jerusalén (Romanos, 15, 26; 2 Cor., 8, 4; 9, 13).

Se trata pues de que la concordia, es decir, la disposición según la cual cada uno tiene presentes a los otros en su espíritu, se exprese en gestos tangibles de solidaridad entre individuos y grupos diferentes. La solidaridad de la "Koinonía" exige una solidaridad de la "diakonía".

Esto es cumplir los deberes de la comunión.

Pero, para ello, hay algo previo e importante: suscitar y mantener una actitud característica, una línea fundamental por la que se puede caminar hacia una más profunda comunión. Para empezar, es imprescindible la aceptación de que hemos de buscar continuamente la comunión. Esperar contra toda esperanza que un día será posible. La unidad eclesial no es algo fraguado totalmente de una vez para siempre, como un marco en el que hay que entrar y mantenerse. Es algo que ha de construirse con la aportación de los dones de cada uno y de todos.

Sentido de totalidad

En cada uno de nuestros actos hemos de sentirnos solidarios de un todo más universal y pleno, regulando siempre nuestra actuación a partir de la Iglesia universal.

El cristiano es consciente de que, al pertenecer a Cristo, todos los que pertenecen a Cristo son parte constitutiva de sí propio.

Así nadie ha de adoptar actitudes exclusivistas, como si lo propio fuera lo único válido, como si no fuera una parte armónica de un todo. Al contrario, cada uno ha de actuar en función del bien de los demás y del todo. Cada uno de nosotros debe rechazar el tomarse a sí mismo por la totalidad.

Consiguientemente, el espíritu de comunión crea en la Iglesia un agudo sentido de la complementariedad de unos para con otros en un servicio mutuo y recíproco. Las tensiones intraeclesiales deben vivirse en tal actitud: sólo así puede llegarse a una mayor plenitud. Es, sustancialmente, la enseñanza paulina según la cual todo miembro debe colaborar desde su posición con el conjunto del cuerpo.

La conciencia de pertenencia mutua —con todos los hermanos en Cristo—, la voluntad de acogerse recíprocamente para ayudarse a recorrer juntos el camino del encuentro en Jesucristo, engendra

en el creyente un criterio nuevo para afrontar la realidad: el juicio de comunión.

Se requiere un esfuerzo sincero para escuchar y comprender la posición distinta de la mía, con un gran respeto a los otros. Se requiere un deseo sincero de compartir con los demás. Pero de ahí nace una actitud interior según la cual el criterio de acción es el criterio del mantenimiento de la comunión y la decisión de proceder juntos en el mayor número posible de puntos comunes.

En esta misma línea queremos añadir una reflexión.

Los cristianos no se reúnen nunca solamente para hacer o decidir una cosa juntos, sino para vivir la comunión y —como consecuencia— hacer o decidir juntos.

Reunirse implica para el creyente una puesta en juego de la fe: el cristiano juega la totalidad de su personalidad en todo nivel y en toda reunión.

Efectivamente, la razón última por la que los cristianos se reúnen es que se reconocen convocados por Jesucristo, constituidos por El en la comunión para salvar al mundo. Sólo a partir de esta consciencia se hacen capaces de juicios y decisiones válidos para la Iglesia y para el mundo.

Este método de reconocimiento de la comunión cristiana como valor supremo debe determinar el trabajo de cualquier reunión de creyentes en todos los niveles, si se quiere que cumplan una función de engendrar los juicios indispensables para resolver los problemas concretos de la vida de la Iglesia.

La comunión eclesial no existe en función de la actividad, sino al revés, la actividad en función de la comunión eclesial.

Pluralismo católico y unidad de comunión

La unidad no es uniformidad empobrecedora. Tampoco es integración ecléctica de varias fracciones de un todo amontonado: la Iglesia no es pura adición de cosas contrapuestas. La unidad eclesial es unión en la diversidad, respeto a la alteridad personal o de grupo, con mutuo enriquecimiento.

El pluralismo, además de un dato evidente de la sociedad y la cultura actuales (y por ello, "signo de los tiempos") es una vocación eclesial: vocación a la plenitud católica. Han de respetarse las variadas aportaciones, nacidas de personas o de grupos, "salvo semper iure communionis".

Esta asunción de la variedad inmensa de grupos humanos, proyectos, realizaciones, valores... étnicos, culturales, lingüísticos, etc., debe hacerse siempre en Jesucristo, único lugar donde encuentran "la plenitud". El sentido católico y, por tanto, su aportación a la unidad, se verifica por el encuentro y la recapitulación en Jesucristo.

Lo cual implica una acción discriminadora, crítica, depuradora, del don de arriba (la luz y la gracia de Cristo) respecto a la ascensión de abajo (los valores humanos).

Supuesta tal purificación, el pluralismo puede ser una riqueza en la comunión. Pero las iniciativas personales o de grupo son siempre limitadas, fragmentarias, ambivalentes. Por tanto, con una cierta tendencia a la unilateralidad. Deben ser completadas, curadas de tal tendencia.

Esto sucede cuando se mantienen en el seno del todo, cuando las tendencias, por diversas que sean, se mantienen en la comunión que las compensa y equilibra con otros valores, las impide devenir particularismos sectarios. La existencia cristiana es existencia de miembro, de parte de un todo, de ser de comunión. Ha de aceptarse que cada uno, cada grupo, es un momento del florecer total del pueblo de Dios. Que cada uno, cada grupo es cuestionado por los otros. Ser católico es vivir según la totalidad (kath'olon, según el todo), o sea, regular el pensamiento y la acción como comportamiento de parte de un todo, aceptar ser mensurado por el todo y por la autoridad que regula el todo.

Si en lugar de esto domina la autosuficiencia, la oposición radical a otros grupos, la inaceptación de un principio regulador del pluralismo —la autoridad de la presidencia episcopal—, lo que hasta entonces era riqueza en la diversidad, dentro de la comunión eclesial, ahora, desarrollado de manera autárquica, sin referencia a otros valores, a otros grupos, a otras opciones, en definitiva, sin referencia a la unidad, aboca a la ruptura. Las rupturas de la unidad de la Iglesia proceden del repliegue (¡de unos u otros!, que la ruptura puede ser causada por grupos de diverso signo...) sobre una parte de la realidad eclesial. Cada vez que se quiere identificar la Iglesia de Cristo con una pretendida "tradición", con una escuela teológica, con una comunidad local, con unos usos y costumbres determinados, con una única forma de praxis eclesial, se cae en el espíritu sectario.

Sectario es quien quiere pensar y actuar como ser autónomo. Lo característico de la secta es la falta de referencia a la totalidad, la incapacidad de distinguir entre el propio grupo y la comunión eclesial universal. Esta actitud sectaria es criterio suficiente para

dudar de la plena pertenencia eclesial de un grupo determinado. Un grupo que excomunica a los demás queda él mismo excomunicado de la Iglesia universal.

Y viceversa, un grupo que, en el amor, respeta y promueve la pluralidad, un grupo que busca sinceramente los signos de la presencia del Espíritu en los demás, ofrece seguridades de pertenencia a la Iglesia católica, una en su diversidad.

Una comunidad, signo de reconciliación para el mundo

La afirmación de la comunión eclesial no significa cerrazón de la Iglesia en sí misma. Bien al contrario, quien dice comunión dice apertura, dice posibilidades ilimitadas de expansión. La comunión se construye en una apertura cada vez mayor a las dimensiones de una comunión universal.

La comunión es un dinamismo que empuja a que otros hombres compartan los mismos dones, la misma vida. Los cristianos no pueden contentarse con vivir para sí, sino que han de desear y trabajar para que todos los hombres participen de la misma fraternidad.

Si afirmamos que la primera tarea del cristiano, la que impregna toda su personalidad y capta todas sus energías y todo su tiempo, es la de construir la comunión eclesial, es porque sabemos que a través de esta comunión se verifica y realiza el anuncio explícito de la salvación para el mundo.

La comunión eclesial es la propuesta cristiana de liberación radical y total del hombre. Con otras palabras, viviendo la comunión eclesial, el cristiano construye el mundo, lo anima, lo redime, lo transforma. Realizando un nuevo modo de vivir las relaciones humanas, construye una nueva realidad de mundo reconciliado.

Una comunidad profética

La llamada a la reconciliación no puede considerarse como un narcótico ante las situaciones injustas, como un freno a la lucha por la emancipación y la libertad de las personas o los grupos.

Al contrario, la comunidad eclesial estará más en el mundo, más consciente de su función profética dentro de la sociedad. Y como la fe no es de este mundo: la participación de la comunidad eclesial en la vida social debe ser una participación crítica. Ha de vivirse plenamente la aventura humana pero de manera interrogativa, porque la fe en Jesucristo y la lectura del evangelio llevan

a un continuo interrogante sobre toda realización social, lo que implica, llegado el caso, denunciar al mundo que se considera su propio dueño, a los grupos que abusan de su situación de poder, a la falta de sentido auténticamente humano en el desarrollo económico, etc.

Es decir, la presencia de la comunidad de creyentes en el mundo debe ser de tal forma que mantenga siempre su originalidad. La condición de signo de reconciliación para el mundo exige evitar los dos extremos: el disolverse en el mundo con pérdida de la originalidad cristiana y el reducirse a una existencia ahogada en el "ghetto" con pérdida del dinamismo misionero.

La demostración más clara de pertenencia al signo de reconciliación es la proclamación de Cristo ante el mundo a partir de la comunión eclesial.

Porque sabemos que el Reino de Dios viene, y con él la reconciliación definitiva, nuestra actitud de comunidad cristiana profética es la transformación de todos los modelos sociales que se nos ofrecen hoy. No podemos quedarnos en actitud quietista: tenemos que actuar con la mirada puesta en un futuro plenamente humano.

Exigencia de reconciliación en la participación eucarística

La Iglesia nace, se vivifica y reafirma fuertemente en la asamblea a la que el mismo Señor nos convoca para que nos sepamos unidos a El y compartiendo su vida.

Los rasgos característicos de esta reunión son principalmente la escucha de la Palabra de Dios, la oración común y la celebración de la Eucaristía. Así nos lo describe Hechos, 2, 42.

El escuchar juntos la Palabra, orar en común y participar en el banquete del Señor, nos recuerda a todos que la comunión eclesial es más grande que nosotros. Es decir, que ningún individuo ni grupo puede tomarse a sí mismo como medida única de unidad y verdad cristiana.

Es la Eucaristía el punto central de referencia de la comunión eclesial: el misterio por el que recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo dado por Dios como la gracia de la comunión real con El y como fundamento real de la fraternidad cristiana. La comunión eclesial, creada por Dios en la Eucaristía, es, pues, primariamente una comunión "descendente": la iniciativa parte de Dios.

Pero dicha comunión real con el Cuerpo y Sangre de Cristo establece entre los participantes una vinculación de graves exigen-

cias prácticas (cfr., 1 C 10, 16-17; 11, 17-34). No existe autenticidad en la comunión eucarística más que si se está dispuesto a identificarse con la actitud pascual de Cristo, que dio su vida para unir a los que estaban dispersos (cfr., Jn., 11, 52). Las celebraciones eucarísticas deben ser un anuncio del esfuerzo al que estamos dispuestos para superar las oposiciones entre nosotros como anticipo de la reconciliación futura.

Así pues, el presupuesto primero y la consecuencia sincera de la participación en el Banquete del Señor es la recepción del mensaje de la reconciliación. Pero no ya como puro conocimiento intelectual, sino como fuerza que mueve a realizar cada uno el perdón para con los hombres. La voluntad eficaz de reconciliación es indispensable en quienes quieren participar en la Eucaristía.

Porque el misterio del acto reconciliador de Dios sólo es comprendido auténticamente cuando uno lo ha interiorizado, cuando se lo ha hecho algo personal en la entrega a los demás.

En este sentido, la Palabra de reconciliación encuentra su sentido más profundo y su verdadera plenitud en el Banquete de reconciliación.

El Banquete fraterno es, ante todo, prolongación de la entrega de Dios a los hombres: por ello, en la Eucaristía se hace presente en su más profunda densidad el Espíritu de la reconciliación, en cuya fuerza Jesús se entregó al Padre por nosotros.

Aquel Espíritu de Jesús, uno y el mismo en todos y en cada uno, mueve a la entrega mutua de los participantes. Por eso, la celebración eucarística ha de ser siempre la expresión del deshacerse personal de los cristianos, los unos para con los otros.

El ministerio de la reconciliación

Si la Iglesia no es otra cosa más que la pública manifestación de la acción reconciliadora de Jesucristo, el ministerio sacerdotal —que es un ministerio de la Iglesia y para la Iglesia— ha de irradiar aquella fuerza nueva del Espíritu por la que Dios reconcilia consigo al mundo.

Ejercer el ministerio no es ejercer una función impersonal, que decreta normas igualmente impersonales. El ministerio se ejerce con un compromiso personal pleno; es la llamada de una conciencia de creyente a otras conciencias creyentes. Para ser, pues, ministros de la reconciliación se exige comprometedoramente la vivencia íntima del espíritu de reconciliación.

La acción del ministro "in persona Christi" tiene primariamente una función "memorizante": recuerda el misterio de reconciliación en Jesucristo ya presente en la historia y que empuja hacia la plenitud futura de Dios (Cfr. Conferencia Episcopal Alemana. *El Ministerio sacerdotal,* Salamanca, 1970, pág. 98). Descubre, despierta el anhelo inextinguible de paz, de perdón, de fraternidad, que ya está presente —aunque quizá confusamente— en el interior de cada hombre por la acción salvadora de Cristo.

La palabra de reconciliación

El servicio sacerdotal se realiza primariamente a través de "la Palabra de reconciliación". Esta Palabra no es un escueto informe o noticia sobre acontecimientos pasados, sino presencialización del acto reconciliador de Cristo que a todos y a cada uno nos enfrenta a nuestro propio pecado y nos llama a la decisión.

La responsabilidad propia de los obispos y sacerdotes es una función de garantía de autenticidad respecto al acceso del pueblo a la Palabra de Dios: llevar a la comunidad hacia la fuente viva de la Palabra de reconciliación para que la compenetración con ella sea cada vez más profunda.

El anuncio del evangelio debe iluminar la vida toda de los hombres; la proclamación pública de la Palabra de Dios ha de hacerse con una referencia concreta a los problemas del momento histórico; precisamente la situación de conflicto debe convertirse para todos en signo de la llamada de Dios.

Por eso a los ministros de la Palabra les corresponde promover la reconciliación en el pueblo de Dios, alentar la vivencia evangélica del perdón, señalar los senderos de búsqueda de una convincente aceptación mutua. Aceptar el servicio sacerdotal significa disponerse a anunciar la acción de reconciliación de Dios con todos los hombres ya realizada en Jesucristo, según la profunda frase de San Pablo en 2 C 5, 20: "Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!"

Han de ser los primeros en suscitar un diálogo efectivo, cuando las posiciones estén cerradas o endurecidas. El papel de los responsables de las comunidades es el de, a partir de las experiencias de tensiones y conflictos de sus propios grupos, ayudar a un crecimiento cada vez mayor de la comunión con el conjunto del organismo eclesial. Esta es la función de los presidentes de las comunidades: garantizar un espacio institucional en el que sea posible

un diálogo abierto y público donde todas las voces puedan oírse. Este espacio de libertad es necesario para una búsqueda auténtica de la verdad. Y, por tanto, han de rechazar con firmeza a todos aquéllos, de un color u otro, que quieran manipular unilateralmente el diálogo intraeclesial.

Ahora bien, no hay diálogo auténtico sin testimonio personal; no pueden ser los sacerdotes proclamadores de una Palabra de reconciliación sin comenzar por ser fieles ellos mismos al mensaje evangélico del perdón. Las comunidades necesitan ver en sus dirigentes el ejemplo vivo, el punto de mira que ayude a la integración de las personas y los grupos. Han de ser ellos quienes, poniéndose al frente de esta gran tarea, hagan apasionante la idea de la reconciliación mutua, despierten continuamente y provoquen activamente la convicción común en pro de una acción reconciliadora universal.

Testigos de la fe

La comunión eclesial requiere la presencia de unos testigos cualificados de la fe, que puedan discernir la autenticidad de lo que se hace en la comunión. Entramos aquí, como es obvio, en el tema de la mediación jerárquica, la de los obispos y sus colaboradores los presbíteros. Calificamos esta misión como testimonio cualificado de la fe: no se trata de una cuestión de tipo meramente jurídico, sino de una acción que se realiza desde el interior de la comunidad creyente, aunque no coincida exactamente con la realidad profética de la misma comunidad. Este testimonio cualificado, en efecto, implica la actuación "en la persona de Cristo en cuanto Cabeza". La misión de estos testigos es, simultáneamente, misión de fidelidad y de renovación; de ahí que se mueva entre dos características: vigilancia por la permanencia de la verdad original, discernimiento sobre las expresiones de todo tipo que el Espíritu suscita en la comunidad eclesial.

La manera concreta de la intervención de estos testigos es decisiva para su inteligibilidad; no es lo mismo que hablen como desde fuera de la comunión, como quien dice algo a "otros", o que lo hagan con conciencia de interioridad, como quien acompaña realmente a los hermanos en el camino de la fidelidad al mismo Señor.

Esto es lo que hace especialmente difícil e incómodo el ejercicio de este ministerio. Han de aceptarse las dos fuentes de vida y de unidad: por una parte, el principio institucional, lo "dado" en Cristo tal como la sucesión apostólica lo transmite; por otra parte, la iniciativa nueva y original del Espíritu. La tensión entre ambos

principios exige que el ministerio de reconciliación busque la unidad más que por decisiones exclusivamente verticales, por la maduración de las conciencias en el seno de un diálogo abierto y filial, que prepare el discernimiento propio del ministerio pastoral.

Presidir la comunidad

La Asamblea cristiana tiene siempre una presidencia. Es en el obispo donde se anuda la comunión de los diversos grupos de creyentes porque es él quien preside la eucaristía de la Iglesia local. El ministerio apostólico, ejercido en la Iglesia de todos los tiempos por los obispos con quienes cooperan los presbíteros, es siempre la norma visible permanente de comunión eclesial.

El ministerio de los obispos, con quienes han de colaborar estrechamente los sacerdotes, tiene por función actualizar y garantizar la fe verdadera, mantener la unión de todos los grupos y comunidades, sustentar una Iglesia idéntica a la que Cristo quiso a través de los tiempos.

Cada obispo, como ápice de la comunión eucarística de cada iglesia local es su representante ante la comunión de la Iglesia universal. Y la comunión universal se manifiesta en la comunión de los obispos.

Por ello, quien mantiene la comunión con su obispo, la mantiene con toda la Iglesia. Una agrupación de cristianos no sería la Iglesia querida por Cristo si no se mantuviera la comunión con el ministerio apostólico.

La disyuntiva que a veces se propone entre comunión y autoridad es artificial y falsa.

Las comunidades cristianas más antiguas —aquéllas cuya vida queda reflejada en los Hechos de los Apóstoles, las cartas de San Pablo y los demás escritos apostólicos— aceptaban claramente la intervención de la autoridad cuando la armonía creada por el Espíritu estaba a punto de cuartearse.

Justamente: la salvaguardia de la comunión en la fe es la fidelidad al magisterio apostólico. La garantía de autenticidad en la comunión sacramental y de gracia es la presidencia del sacerdocio apostólico. La validez de la comunión en la caridad fraterna se logra bajo la guía del pastoreo apostólico.

Es un carisma de servicio a la comunión que incluye una facultad eficiente de decisión en orden a conseguir el bien común eclesial.

Si este servicio no existiera, la desunión, los choques, la disgregación, el espíritu sectario, harían imposible la verdadera comunión. La presencia de la jerarquía debe ser un servicio que garantice que cada persona y cada grupo, es decir, todas las personas y todos los grupos cristianos, puedan realizar su papel peculiar y sus iniciativas propias en servicio a la tarea común.

El diálogo con «la institución»

Un criterio claro de comunión eclesial es el sentido de diálogo obediencial con los pastores de la comunidad eclesial. Muchas veces, en nuestros días, uno de los problemas más serios de las comunidades, especialmente los grupos reducidos, está en su relación con la jerarquía; en algunos casos, con cualquier jerarquía eclesial, en otros —los más— con el propio obispo. Es el tema de la Iglesia "subterránea" o "clandestina". La presencia de presbíteros en algunas de estas comunidades hace más ambigua su pertenencia eclesial; porque el presbítero es, por definición, el colaborador del obispo en su función congregadora del pueblo de Dios. Negar la visibilidad eclesial a grupos de cristianos por fricciones concretas con la jerarquía no parece totalmente legítimo. Pero es preciso que exista una voluntad de caminar hacia la superación de estas situaciones; de ahí que nos refiramos al "diálogo obediencial" como criterio. De hecho, la experiencia dice que en esta cuestión influye tanto la actitud de los pastores como la de las mismas comunidades afectadas, y que los problemas psicológicos son, frecuentemente, más notables que los teológicos. En todo caso, no cabría reconocer actitud de comunión, ni positivamente previsible, en un grupo que se situara deliberadamente en una actitud dialéctica enfrente de los pastores, o que se declarara en rompimiento con ellos.

El hecho jerárquico, inalienable en toda comunidad cristiana, está encarnado en una realidad humana, por tanto imperfecta y pecadora. El "abajamiento" de Cristo perdura en el aspecto visible, humano, limitado, de la estructura eclesial.

Por eso la aceptación de la jerarquía apostólica "en principio", negándose a aceptar la forma histórica concreta como esta persona ha sido designada, o actúa, o está dotada, porque no realiza "el ideal", es una escapatoria. La jerarquía "ideal" ni ha existido ni existirá: unas veces por una razón, otras por otra. La presidencia episcopal tendrá siempre en cada Iglesia local una encarnación histórica, un rostro concreto, que será siempre imperfecto.

El hecho de que las realidades divinas puedan ser manipuladas

por hombres es la misma realidad del misterio de la Iglesia, "germen y principio del Reino" (LG., 5). Lo que hay que comprender es que la fe en la Iglesia consiste en la aceptación no del Reino en su realidad plena, sino en la aceptación del signo del Reino.

III. ALGUNAS EXIGENCIAS DE LA RECONCILIACION ECLESIAL

Como consecuencia de lo dicho hasta aquí, se plantea un delicado problema pastoral: cuando tantas cosas deterioran hoy la comunidad católica, al menos aparentemente, ¿es posible afirmar que la Iglesia es entre los hombres signo de reconciliación?

Ciertamente hemos de contar con el pecado que separa y divide. No hablamos de una comunidad de puros y santos. En toda comunidad cristiana es siempre viva la experiencia de culpas y faltas.

Pero tampoco podemos soslayar una premiosa llamada a la conversión. Una conversión a la comunidad de Jesucristo, a la que no se ha de identificar con "mi" comunidad: la de mi ideología, o sistema, o partido...

Para que esta difícil época de gestación de un orden nuevo asegure el nacimiento de un mundo reconciliado, es necesario que todos los grupos y tendencias dentro de la Iglesia nos convirtamos hacia ese valor evangélico de comunión.

La cuestión que se nos plantea es la de cómo superar las ideologías previas que impiden a nuestro pueblo vivir la comunión.

Desde luego, los conflictos intraeclesiales no se resolverán solamente por unas normas disciplinarias dictadas desde fuera tendentes a la supresión de los mismos, por pura exigencia de sumisión a la autoridad.

Con ello no se conseguiría mas que agudizar la situación conflictiva. Tampoco se arregla nada con no reconocer su existencia, o echar tierra sobre el asunto, o disimular los problemas. Quien tenga miedo a los conflictos, intentará por todos los medios evitar que se analicen públicamente. Pero los resultados serán fatales.

Ni siquiera tiene resultados eficaces la exhortación a la unidad, cuando la unidad es entendida como uniformidad, o cuando se predica una unidad eclesial puramente formalista, que no asuma un determinado contenido o que no ofrezca cauces reales de salida a las tensiones o que no posibilite la discusión objetiva dentro del ámbito de la comunión. Un concepto de la unidad que considere a las tensiones y conflictos provenientes del pluralismo como ruptu-

ras de la unidad, es falso. La pluralidad en la Iglesia no es algo negativo.

Pero también es posible que el pluralismo se pase de sus límites y atente a la unidad de fe. Si el abanico de opciones crece sin parar y los enfrentamientos entre los grupos siguen agudizándose llegaríamos a la desintegración de nuestra comunidad cristiana, no sería posible vivir la fe (que requiere, para ser vivida, una verdadera y concreta comunidad) ni sería posible cumplir la tarea que Cristo nos ha encomendado de ser signo del amor de Dios para el mundo.

Por tanto, es inevitable que nos planteemos continuamente la cuestión del discernimiento del pluralismo (hasta qué límite es aceptable) y de los criterios de tal discernimiento.

* * *

Cambio de mentalidad

Ante todo, y previamente a cualquier cuestión de reajuste estructural, jurídico u organizativo, es absolutamente necesario un cambio de las estructuras mentales, es decir, una conversión, una nueva mentalidad: lo conflictual no es un fenómeno patológico por sí mismo, perturbador radical de la vida comunitaria, sino un ingrediente normal de la vida de la Iglesia. Querer, como estado normal de la vida social, la integración absoluta de individuos, grupos e instituciones, y el equilibrio total, sería propio de una ideología totalitaria.

Ha de clarificarse la idea de que el conflicto tiene una función en la vida eclesial, a saber, la búsqueda de nuevos caminos mediante el diálogo contradictorio, el fomento del proceso de crecimiento comunitario mediante la participación máxima de todos los grupos.

En consecuencia, se necesita también una adecuación de las estructuras jurídicas y organizativas de nuestra comunidad eclesial para que los conflictos puedan afrontarse racionalmente, y no emocionalmente, tanto por parte de los ministros como por parte de las mismas comunidades. Para evitar que las tensiones (que existen de hecho, querámoslo o no) degeneren en lucha destructiva de la comunidad eclesial, es necesario ofrecerles unos cauces, unos márgenes de acción que garanticen su aportación a la dinámica social eclesial.

Los cauces de comunicación

Un aspecto importante a considerar en orden a la superación de los conflictos eclesiales es el de la información. ¿Cómo se desarrollan las corrientes de comunicación, qué estructuras de información existen en nuestra Iglesia?

Hoy, de facto, los canales de comunicación son francamente pobres. Existe un gran desconocimiento de los diversos grupos, de sus proyectos, de sus realizaciones. Y en este hecho incluimos también la falta de comunicación entre sacerdotes y obispos y las propias comunidades. No hay verdadero intercambio de puntos de vista.

De ahí nacen mil suspicacias, torcidas interpretaciones, atribución de intenciones que no existen, etc. Y se crean tensiones innecesarias y costosas para todos.

Así pues, en orden a la liberación de las fuerzas tensionales o conflictivas, parece conveniente la búsqueda de un nuevo estilo de comunicación multidireccional, donde los canales se multipliquen y permitan una auténtica mutua información e intercambio en el seno de la comunidad eclesial. Esta mutua comunicación es condición y expresión de verdadera comunión. Así quedan desvirtuados los efectos perniciosos de la maledicencia frívola, de las noticias tendenciosas o de las medias verdades que tantas veces prefieren el disfraz irresponsable del anónimo. Y se descargarán de su agresividad tantas manifestaciones desorbitadas que, en ocasiones, pueden surgir de espíritus apasionados por un sincero amor a la verdad.

Educación para el pluralismo

Si en la vida de la sociedad humana uno de los caminos que ayudan a la superación de los conflictos es el de una educación lo más completa y liberadora posible, también en la vida de la sociedad eclesial una educación en la fe profunda, rica e ilustrada, conseguirá una mayor madurez, un acceso más pleno a la edad adulta cristiana y, con ello, una posibilidad de asumir los conflictos eclesiales sin tan grave costo social como ahora.

Otra vez surge aquí el tema del posible pluralismo en las expresiones de fe.

Queremos afirmar claramente que la comunión eclesial debe mantenerse abierta, con capacidad integradora, a una pluralidad

de expresiones de la fe cristiana —individuales y de grupos— en la medida que signifiquen enriquecimiento de los símbolos de fe fundamentales. Esta afirmación corresponde al respeto que tenemos por la presencia y dinamismo del Espíritu Santo en la comunidad eclesial. La fe cristiana no es una realidad que cada uno puede forjar a su antojo, pero cada creyente debe personalizar la fe de la Iglesia y aportar sus propios dones a la utilidad común.

Con todo, la pluralidad, para ser legítima, exige una referencia permanente a la fe de la Iglesia. Efectivamente, el criterio básico por el que deben medirse la pluralidad de expresiones de fe es la confesión de fe de la Iglesia toda manifestada en el conjunto orgánico y coherente de sus enunciados normativos. Con otras palabras, hay que evitar el peligro de unilateralidad, enraizando toda formulación de fe en su verdadero contexto: la vida de la Iglesia en todo tiempo y en todo lugar que anuncia la Palabra de Dios y la celebra.

Al pluralismo le impone un límite la comunión creada por la fe, comunión en la Verdad hecha accesible en Cristo y que ha quedado reflejada en las formulaciones dogmáticas de la Tradición vigente. Es posible que en el pasado se haya abusado de sospechas o condenas de herejía. Pero sigue siendo cierto que no hay comunión posible en la Verdad si la Iglesia no tiene la posibilidad de indicar los criterios de comunión en relación con la única fe, de juzgar ambigüedades en su presentación, individuar y remover el error.

Para ello nos parece imprescindible el distinguir cuidadosamente la fe misma de sus concretas expresiones que normalmente son fruto de determinadas ideologías, variantes según escuelas, lenguajes nuevos, condicionamientos históricos, presupuestos filosóficos, etc. Distinguir ambos planos con una sana actitud crítica es imprescindible para permitir que el pluralismo subsista sin rupturas de la comunión eclesial.

Tal crítica debe provenir, al menos:

— De un contraste de las formulaciones teológicas con la misma fe, es decir, con la entrega personal a Jesucristo, siempre mayor y más rica que cualquier expresión teológica.

— De una humilde confrontación con otras teologías dentro del ámbito comunitario de la Iglesia, en esfuerzo de reflexión, de sinceridad, de buena voluntad.

— De una activa aceptación de las orientaciones de la jerarquía.

— De una referencia a la realidad concreta, a la humanidad a la que somos enviados.

Desgraciadamente, esta actitud crítica está muy lejos de ser patrimonio de nuestra comunidad cristiana.

* * *

Pluralismo de comportamientos y unidad eclesial

Pero la fe no es una simple aceptación de verdades teóricas; lleva en sí misma una exigencia de acción, tiende a convertirse en vida. La fe obra por la caridad. De aquí que la aceptación sincera del misterio de salvación, que se nos ha revelado en Jesucristo, busque también la expresión práctica en formas de vivir coherentes con la fe que profesamos.

Si no es posible mantener la comunión eclesial sin la aceptación de la verdad que, en la Iglesia, nos manifiesta el misterio de Jesús, del mismo modo tampoco es imaginable esa comunión sin la aceptación de una forma de vivir que recoja las actitudes, las motivaciones y las expresiones de un comportamiento que la Iglesia autentifica como cristianas.

Quien quiera honradamente vivir en la unidad de la comunión eclesial ha de buscar un modo de ser cristiano que no sea sólo el fruto de su propio y particular juicio. Existe, también en el orden práctico de los comportamiento morales, un postulado de comunión eclesial; la comunidad cristiana ha de identificarse no sólo como comunidad que confiesa la misma fe, sino como la comunidad que busca, en cada momento histórico, las formas de vida inspiradas en el Evangelio.

Ello no significa ignorar el valor definitivo que tiene la fidelidad a la propia conciencia en el orden del comportamiento personal. Pero implica un llamamiento serio a buscar el sentir de la Iglesia, cuando se trata de formar los propios criterios de actuación. La multiplicidad de situaciones particulares, los condicionamientos de una sociedad en cambio, pueden explicar formas diversas de realizar la existencia cristiana. Pero esta diversidad no puede llevarnos a hacer de la conciencia particular de cada uno el criterio definitivo de la expresión de la fe en la caridad. Existe una identidad cristiana en la acción, que todos hemos de buscar si queremos hacer una comunidad unida en el amor. El amor se traduce en obras y es en la Iglesia, en comunión con los demás, donde hemos de tratar de saber cuáles son las obras, las actuaciones cristianas.

Comunión eclesial y opciones temporales diversas

Urge aprender a distinguir entre la exigencia de compromiso temporal en favor del Reino y los modos posibles de tal compromiso cristiano. La comunidad cristiana no exige ni para sí ni para sus miembros el mantenimiento de una opción temporal común. Hay un espacio de libertad en la elección de una concreta decisión.

Lo que a todo miembro y a la comunidad cristiana misma se le exige es lo que podríamos llamar una opción pre-política: la opción por los pobres, por los necesitados, la opción por la justicia, por la libertad. Es decir, la opción propia del sentido evangélico, del espíritu y del estilo de Jesús.

Y en esto no cabe elección para quienes desean vivir en la comunión eclesial.

Porque la Iglesia ha tomado unas opciones fundamentales, ha decidido unos programas de acción para toda la Iglesia, que deben comprometer a toda la Iglesia. Por tanto, las realizaciones plurales, las opciones de la libertad individual deberán concretarse dentro de aquella opción básica.

Pero no confundamos, como suele ser corriente en el momento actual, ambos niveles.

La deficiencia actual debe ser corregida rápidamente si no queremos que el conflicto eclesial se encone por la introducción masiva de ingredientes políticos en la comunidad eclesial, al considerar que ciertas opciones concretas son, sin más, exigencia absoluta de la fe, por tanto, obligatorias.

Hemos de recuperar la conciencia de la legitimidad del pluralismo de opciones temporales, en línea con lo claramente enseñado por la "Octogessima Adveniens".

La profesión del mismo amor cristiano que quiere servir a la reconciliación de la humanidad, no va a extinguir las diferencias que existen en el seno de la comunidad cristiana respecto al planteamiento y solución de aquellos graves problemas.

Pero dicho amor, si es veraz, debe hacer que vivamos nuestras diferencias de una manera nueva: la propia de la auténtica fraternidad.

Este espacio de libertad interior que la Iglesia ha de abrir, es imprescindible para evitar identificaciones simplistas entre fe y compromiso.

La fe debe ser siempre comprometida; la caridad ha de traducirse también políticamente. Pero debe distinguirse claramente la comunidad de fe, que alimenta y sostiene el compromiso temporal, y los distintos grupos de compromiso, que son múltiples rostros en que se encarna aquella fe. Debe distinguirse lo último de lo penúltimo. Una cosa es la plenitud final de la reconciliación en el Reino de Dios, por la cual todos hemos de comprometernos. Otra cosa es el concreto compromiso en la construcción del mundo, tal como unos u otros grupos pretenden realizarlo.

Sería ingenuo desconocer o disimular las oposiciones y conflictos que se dan en este plano. Pero también es falso olvidar la existencia de una realidad última de la reconciliación en el Reino que relativiza todo lo penúltimo. La afirmación de fe de que sólo el Reino final es lo absoluto para el creyente muestra que cualquier compromiso temporal, incluso tomado en nombre de la fe en Jesucristo, nunca es adecuado ni perfecto. Que existe un más allá de reconciliación plena, el cual fundamenta los compromisos distintos y divergentes, y es común a todos aquellos que se enfrentan entre sí en el amor sincero y en la justicia verdadera.